

—Con lo que conseguimos enagenarles las simpatías de los que antes les respetaban.

—Repito que esas simpatías existen y existirán entre la gente pensadora que no cierra los ojos á las páginas de la historia.

—Pero nosotros hemos publicado otras mil historias para el vulgo, desfigurando esos hechos, y ya hemos empezado á recoger el fruto de nuestros trabajos.

—Todos estamos ricos.

—Yo—dijo uno—necesito recuperar lo que dejé de adquirir durante la administracion de Bustamante en el poder desde el 1º de Enero de 1830 hasta Diciembre de 1832, época muy feliz para la República, pero en que no se podia hacer negocio mas que por el estrecho camino que señala la Santa Madre Iglesia.

—Por eso—añadió otro—entramos todos luego en el plan de Zavaleta, que vino á echar por tierra el poder de Bustamante, y á elevar á Santa-Anna como presidente, y como vice-presidente á D. Valentin Gomez Farías.

—¡Buen chico fué este último...!—agregó otro de los cinco rompiendo contra la mesa el cuello de una botella de Champaña—pues aunque él era honrado y liberal de buena fé, hombre patriota, de saber y probo, y no se aprovechó de la ley que dió contra los bienes eclesiásticos y fundaciones piadosas, los extranjeros, menos escrupulosos que los mexicanos, supimos hacer nuestro agosto.

—Y combatir, de palabra—advirtió el primero—contra los generales Arista y Durán, que se pronunciaron por “Religion y Fueros.”

—Sin embargo—dijo el de la barba larga—ningun paso de la administracion de Gomez Farías, nos dió tan buenos resultados pecuniarios, como la llamada ley del “Caso,” dada en 23 de Junio de 1833, por el congreso, recien vuelto yo al país. Por ella se enviaron confinados al navío Asia, que estaba de depósito en Veracruz, á todos los que se hallasen en el caso que expresaba la ley, sin definir cuál fuese éste. Todos han dicho despues, y dijeron enton-

ces, que aquella medida fué la mas injusta que han dictado los hombres; pero yo que solo estoy á los resultados pecuniarios que las leyes y las revoluciones me dejan, digo que fué la mas provechosa, pues compré varias fincas á los confinados, en menos de la octava parte de su valor.

—Y no sacó vd. menos provecho de la prision de Santa-Anna, que fué á combatir á Durán y Arista, y hecho prisionero por éstos.

—Es cierto; porque los pocos españoles que fueron exceptuados de la expulsion, no fueron olvidados entonces. Atribuyéndoles siempre todas las revoluciones que se suscitaban, como si todo lo pudieran los que no podian protegerse á sí mismos, se les quiso hacer responsables de la prision del presidente Santa-Anna, con cuyo motivo se presentaron en el senado, en la sesion del 12 de Junio, estas proposiciones: 1.^a Se tomarán en rehenes para asegurar la vida y libertad del Exmo. Sr. presidente, á los españoles y americanos notoriamente desafectos á las instituciones federales y enemigos

de la actual administracion: 2.^a Se anunciará á los jefes de los pronunciados, que no se pondrán en libertad, mientras no entreguen la persona de S. E., y que en el momento que se atentare contra la vida del ilustre prisionero, serán decapitados los tomados en rehenes, inmediatamente.

—¿Y quién le sugeria tan bella idea al congreso?

—Yo que tenia muchos amigos en él, y que juzgaron salvadora:—contestó el de la barba.—De esta manera me hacia de prestigio: intercedia, en privado, por algunos españoles ricos que recompensaban mis servicios con oro abundante, y pasaba con los primeros por ardiente patriota, y con los segundos, por filántropo y compasivo.

—Perfectamente.

—Así es que al volver Santa-Anna á México, despues de haber derrotado en Guajuato á Durán y Arista, y empuñar las riendas del gobierno, derogando la ley de patronato eclesiástico, haciendo que los obispos fugitivos se restituyesen á sus sillas, y que los expatriados volviesen á su patria,

yo quedé perfectamente puesto, pues tenia en mi favor á todas las personas que juzgaban deberme el beneficio de no haber salido desterradas del país.

—Para todo es menester tener talento y fortuna, como vd. la tiene.

Dijo uno acabando de cenar y encendiendo un gran puro habano.

—¿Y dónde está el cautivo?

Preguntó haciendo lo mismo y levantándose de la mesa el de la barba.

—En el último cuarto de la casa.

—Voy á verle: pueden vdes. acostarse cuando gusten. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y dándoles la mano, penetró, despues de descorrer un cerrojo, en el cuarto que le habian indicado.

Al entrar en él se encontró con el hombre á quien llamaba su cautivo y que se paseaba á largos pasos y pensativo por la estancia. Su estatura era regular y su cuerpo bien formado: vestia una levita corta gris y pantalon oscuro: era su espalda ancha

ysu cintura estrecha; sus brazos sueltos y nervudos, y elevado y bien formado el pecho. Su rostro era blanco, pero sus mejillas, que revelaban haber sido encendidas, estaban pálidas por los sufrimientos y el encierro: sus ojos eran garzos y grandes, velados por delicadas y largas pestañas de un mirar dulce y expresivo que revelaban al hombre de valor y de corazon sensible: su cabello castaño y ondulado, se rizaba naturalmente cayendo sobre su erguido cuello, velando una cabeza perfecta, en cuya despejada frente se vislumbraba la luz de la inteligencia y de la resignacion varonil: proporcionados bigotes retorcidos sin exageracion y abundante perilla, hacian resaltar una boca de un corte delicado, en cuyos labios vagaba un aire de melancólica ternura, que le daba á su simpática fisonomía un interes indefinible: su nariz era una de esas que vemos en las bellas estátuas de los tipos griegos, y todo su conjunto, uno de los mas interesantes que pueden delinear los pintores y fingir la imaginacion mas poéticamente creadora. La edad de este hombre á

quien no se podía ver sin sentirse interesados por él, parecía ser como de treinta y siete años: época en que la naturaleza del individuo ostenta los mejores tesoros de la juventud, reglados por el juicio, y en que ha desaparecido la volubilidad inherente á los primeros años en que el hombre empieza a figurar.

El que acababa de entrar se detuvo un momento; y dirigiéndose luego con la mano extendida hácia el prisionero, le dijo con acento agradable.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Contestó con sequedad el saludado sin dejar de pasearse.

— ¿Rehusa vd. estrechar en la suya la mano que le ofrezco?

— Darse dos hombres la mano indica *simpatía mútua*: estrecharla, *amistad íntima*; y yo no puedo tener simpatía, ni mucho menos amistad íntima al hombre que me ha privado de la libertad.

— Me hace vd. un cargo que estoy muy lejos de merecer.

— Será así.

— Yo no le he privado á vd. de la libertad; yo no le conocía á vd.; el gobierno había dispuesto su muerte, y un amigo mio, encargado en aquella época de perseguirle, confió su custodia á mi cuidado y dió parte, á instancias mias para salvar su vida, pues me interesó vd. desde que le conocí, de no haber conseguido su captura, dándole á vd. por cárcel una casa donde he procurado que nada le faltase.

— Mil gracias. ¿Y quién formuló contra mí la terrible acusacion de conspirador, sino ambiciosos aventureros de otros países, que azuzan las revoluciones y los destierros, sacando provecho de los desgraciados y de las convulsiones que enervan y aniquilan nuestro edificio social?

— ¡Ha dado vd. en eso!

— Es la verdad.

— Cree vd. que los extranjeros. . . .

— No hablo de ellos en general; son industriosos y honrados en su mayor parte, y esto basta para que los aprecie.

—Pues entonces....

—Yo hablo de los que no teniendo cabida en su país, han venido á este, no con una industria, oficio, ó profesion, sino á atizar la tea de la discordia para sacar provecho de ella, indisponiendo á los hijos de una nacion que los ha recibido con altas consideraciones de aprecio.

—¿Y vd. cree que yo....

—Yo creo que vd. se encuentra entre el número de los que aspiran á elevarse con la ruina del suelo que le ha dado hospitalidad.

El de la barba se sonrió, y dijo sin dar muestras de enojo.

—Veo que está vd. muy mal prevenido contra mí.

—Y me veo precisado á decirle á vd. que difícilmente cambiaré de opinion.

—Lo siento.

—Y seré franco. Nunca he creído en la sinceridad de los extranjeros que han tomado parte en nuestras revueltas; y cuando me dió vd. por prision su casa, asegurándome que lo hacia con el noble fin de salvar-

me la vida, creí que no era sino un lazo tendido para asegurarse de mis bienes y prohibir que los reclamase.

—Le perdono á vd. esas sospechas que me ofenden altamente.

—Nunca he sabido dónde estoy: me han traído aquí, y sigo ignorando dónde me encuentro: se trata de hacerme creer que el mismo gobierno que me perseguía hace ya muchos años, existe al presente: me veo custodiado siempre por extranjeros, y no se me deja comunicar con mexicano ninguno.

—¿No ve vd. que si mi anhelo hubiera sido apoderarme de sus bienes, para que vd. no los reclamase en ningun tiempo, el medio mas fácil hubiera sido hacerle desaparecer de la lista de los vivientes?

—Creo que cuando se me conserva la vida, es porque se teme á los remordimientos, ó por que de ella espera vd. aún algun buen resultado.

—Veo que no hay modo de entenderse con vd.

—Los hombres como vd. es imposible que comprendan el corazón de los que piensan como yo.

—¿Es decir que nunca seremos amigos?

—Nunca.

—¿Y que rechazará vd. cualquier proposición que yo le haga?

—Todas, porque no pueden envolver mas que iniquidad.

—Sin embargo, mi intento hoy era proponer á vd.

—Ahorraos la molestia de decirlo, y á mí de escucharlo: no envileceré yo el apellido, que con orgullo llevo, dando, ni por un instante oídos á proposiciones indignas.

—¿Y si en mis propuestas, pues, me han asegurado que vd. amaba en la época en que cayó prisionero, hubiese una que conduxese á vd. al lado de la mujer que ama?

—¿De la mujer que amo?

Exclamó el prisionero sin poder contener su alegría y su sorpresa, y operándose en su rostro un cambio completo.

Su interlocutor advirtió aquella violenta

mutación que le anunciaba su triunfo, y contestó.

—Sí: de la mujer que ama vd.

La fisonomía del prisionero fué perdiendo poco á poco el fuego del placer que le habia animado por un momento, como ilumina el relámpago los témpanos de nieve que vuelven á quedar pálidos y helados: sus ojos se fijaron en el suelo con aire reflexivo; su pecho quedó oprimido con el peso de un recuerdo poderoso: cruzó los brazos con ademan melancólico, levantó luego la cabeza con aire resuelto, y exclamó con una energía que daba á conocer el terrible combate que habia sostenido su corazón.

—¿Jamás!....

El hombre de la barba hizo un gesto de disgusto.

El cautivo le dirigió una mirada de desprecio, y volvió á cruzar á largos pasos la pieza en que estaba preso.

—Creo que no me ha oído vd. bien.

Dijo el de la barba mirándole con atención.

--Perfectamente.

--Le he dicho á vd. que la aceptacion de mi proposicion le conduciria á vd. al lado de la mujer que ama.

--Lo he oido sin perder una palabra.

--¿Y rehusa vd. mi risueña propuesta?

--La rehuso.

--Piénselo vd. detenidamente.

--Lo he meditado con conciencia.

--Es vd. tenaz en sus resoluciones.

--Soy caballero para saber cómo me toca proceder.

--No amaré vd. mucho cuando no está dispuesto ni aun á oír lo que exigia para dejarle volar al lado del objeto de su cariño.

--¿Y quién le ha dicho á vd. que yo amo?

Exclamó el prisionero haciendo sobre sí un terrible esfuerzo.

--No falta quien haya conocido á vd. antes de estar bajo mi cuidado.

--Es que habrá muchos que hayan conocido mi persona, pero ninguno los secretos de mi corazon.

--¿Luego no es cierto que ama vd?

--He dicho que ninguno ha conocido los

secretos de mi corazon, y se me olvidó agregar otra palabra.

--¿Cuál?

--Que nadie los conocerá.

--Es decir....

--Que la pregunta de vd. no puede ser satisfecha.

--Para vd. será el mal.

--Y para vd. el bien, lo sé.

--Consulte vd. con su conveniencia.

--Antes de consultar con ella, consulto yo con mi honor.

En aquel momento se escucharon los ladridos de un enorme perro de presa, y los gritos de algun desgraciado.

El hombre de la barba larga se sobresaltó y aplicó el oido.

El ruido era en la azotea.

--Sin duda anda alguno arriba;—exclamó el de la barba.—Es preciso correr al instante.

Y sin detenerse salió de la pieza; echó el cerrojo á la puerta de la prision; sacó un par de pistolas que llevaba debajo de la le-

vita, y se presentó en la azotea en el instante en que un hombre bajaba apresuradamente de ella, agarrado de los fierros de la ventana.

El extranjero disparó sobre él sus armas en el momento en que el prófugo se deslizaba por la calle que, por una fatal casualidad cruzaba al mismo tiempo otra persona.

Un ¡ay! se escapó de los labios del que huía, y un lastimero quejido de la inocente persona que pasaba, y todo volvió á quedar despues en el mas profundo silencio.

—¿Qué ha sucedido?

Dijeron presentándose armados en la azotea los cinco que poco antes vimos cenando,

—Que ha penetrado un hombre aquí.

—¿Y el perro no le ha devorado?

—No; porque estaba entretenido en rasgar ese capote raído que le arrojó sin duda para poder huir el asaltante.

—Como no sea alguno que sospeche algo y trate de delatararnos.

—De todas maneras, es preciso que abandonemos ahora mismo este sitio y vuelva

á ser conducido el prisionero al lugar en que estaba.

Un bulto oscuro que habia permanecido gran rato tirado en la calle, se arrastró conteniendo los quejidos, y como una sombra, hácia los árboles que crecian á la espalda de la casa, dejando en el suelo un reguero de sangre que salia de una herida.

—Sí, bajemos á ensillar los caballos.

Contestó uno de ellos.

—Y tú—dijo el de la barba, dirigiéndose á otro,—dispon la litera sin perder momento.

—Voy volando.

Pocos instantes despues se abrió con muchas precauciones la puerta del zaguan.

El bulto que habia logrado penetrar en la arboleda arrastrándose y sufriendo acerbos dolores de la herida, marcando su marcha con la abundante sangre que de su cuerpo manaba, se acercó á la pared del edificio, y asomó la cara por la esquina, tendido siempre sobre el suelo.

Una litera salió entonces de la casa y se detuvo en la puerta.

En seguida se vió á uno de los extrange-

ros aparecer, conduciendo de las riendas seis caballos ensillados.

A los pocos instantes se presentaron sus compañeros custodiando al prisionero.

La mujer, que tambien habia salido con ellos, abrió la portezuela de la litera.

El arrogante cautivo se dispuso á entrar.

El bulto, que tirado en tierra y empapado en sangre observaba sin exhalar un gemido, alargó cuanto pudo el pescuezo para reconocer á alguno.

Pero la noche estaba oscura como un terciopelo, y envolvía en espesas sombras los objetos.

De repente, y al mismo tiempo que el prisionero penetraba en la litera y se cerraba la puerta de ésta tras él, vió caer al suelo una cosa blanca.

Ninguno advirtió en aquel objeto blanco que se habia caído del bolsillo del cautivo al dar el salto para entrar en la litera.

Solo el herido tenia fijos los ojos en él.

A los pocos instantes todos estaban á caballo.

El de la barba habló en secreto con sus

compañeros; les dió algunas instrucciones, y esperó á que partieran.

Poco despues la litera echó á andar, custodiada por los cinco extrangeros y la mujer que con ellos iba.

El enorme perro de presa los seguia mirando receloso hácia todas partes.

El de la barba, al verles partir, se alejó penetrando á poco en las calles de la poblacion.

El hombre que tendido en tierra habia estado observando, empezó á arrastrarse con direccion hácia donde estaba el objeto blanco; pero habia perdido tanta sangre, que temió espirar sin conseguir su intento.

—¡Dios mio. . . .!—exclamó con el mayor fervor aquel hombre—tú que ves la intencion recta que me guía, dame fuerzas para llegar.

Y reanimado por aquel deseo, que debia ser ardiente á juzgar por la expresion enérgica que se marcaba en su semblante, hizo un esfuerzo supremo, y avanzó arrastrándose, un gran trecho.

Pero al movimiento extremo que hizo, se

le abrió mas y mas la herida que empezó á brotar en mayor abundancia la sangre.

Entonces se sintió desfallecer.

Se encontraba ya á pocas varas del objeto que habia visto caer: fijó desde allí su amortiguada vista, y reconoció que era un cuaderno.

Un secreto presentimiento le decia que en aquel cuaderno se encerraban secretos importantes.

Esta conviccion le hizo cobrar nuevo vigor: hizo un extraordinario empuje, y llegó hasta donde estaba el papel.

La luz del placer iluminó sus ojos, cogió el cuaderno con débil mano y fijó la vista en él.

De repente sintió que se le helaba el corazón; que la sangre le faltaba, y que el velo de la muerte empañaba su vista.

—¡Morir....! ¡morir....! —murmuró— cuando en este papel tal vez....

No pudo concluir: sintió que las fuerzas le abandonaban: guardó el cuaderno dentro del pecho, y quedó sin movimiento.

CAPITULO VI.

El Cabrío.

Leopoldo pasó una noche inquietísima, ocupado en adivinar el motivo que podia haber obligado á D. Emilio á que su hermana y Clotilde no concurriesen al baile.

Temia las tramas de Duval, y estaba sobresaltado, sin poder conciliar el sueño por mas esfuerzos que hacia para conseguirlo.

El corazón del que ama está siempre despierto para llorar sus penas si es desgraciado, y acariciar sus favores si es venturoso.

Su sueño es como el del febricitante; inquieto y cercado de mil fantasmas, ya ri-